PEDRO MUÑOZ SECA
Y
PEDRO PÉREZ FERNÁNDEZ

ALBI-MELEN

OBRA DE PASCUAS

en dos actos, divididos en cuatro cuadros, original

MÚSICA DEL MAESTRO

RAFAEL CALLEJA

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1918

ALBI-MELEN

ALBI-MELEN

OBRA DE PASCUAS

en dos actos, divididos en cuatro cuadros

ORIGINAL DE

PEDRO MUÑOZ SECA y PEDRO PEREZ FERNANDEZ

música del maestro

RAFAEL CALLEJA

Estrenada en el TEATRO DE APOLO el 22 de Diciembre de 1917

MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.

TELÉFONO, NÚMERO 551

1918

A los graciosísimos actores Fernando Vallejo y Valeriano León con el cariño y la admiración de

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
FERNANDA	Sra.	Alegre.
ROSAURA	Srta.	Guillot.
UNA ESCLAVA		Ramos.
ELVIRA		Moreu.
O		Girona.
SALUD		Domingo.
DOÑA TADEA		Montes.
MARCELINA		Cuevas.
DEMETRIA		Domingo.
FIGURANTA 1.ª		Asensio.
IDEM 2.ª		Marassi.
IDEM 3.ª		Serrano.
IDEM 4.ª		Zuffolí.
IDEM 5.ª		Stern.
LA RAMÍREZ		Bellver.
LA PÉREZ		Meseguer.
LA GALÁN		Gutiérrez.
ALBI-MELÉN	Sr.	Peña.
HINOJOSA		Gallego.
MENDIZÁBAL (*)		Lamas.
CALDERÓN		Bretaño.
ROVIROSA		Pedrero.
BERNABÉ		Guillot.
LARGO		Morales.
LOZANO		García Valero.
GUTIÉRREZ		Fischer.
LÓPEZ		Román.
MÉNDEZ		Paisano.
BERMÚDEZ		Ibarrola.
RICO		Román.
GALLARDO		Ibarrola.
HERMOSO		Fischer.
PERLADO		Besga.
GENTIL		López
DON RAMÓN		Guillot.
GARRIDO		Beltrán.
CANSINO		López.
MOLINA		Besga.
GONZÁLEZ		Beltrán.

Señoritas que anuncian el Cinema Sobrols. Coro general.

(*) En la vigésima representación de esta obra se encargó de este papel, el primer actor cómico Sr. Pedrola.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Bar tupi, instalado en el vestíbulo del «Cinema Sobrols.» Mostrador y anaquelería en el lateral izquierda. En el foro puerta que da acceso al salón del Cimema. Sobre esta puerta el letrero de CINEMA SOBROLS. En el lateral derecha amplia galería que conduce a la calle. Mesas, sillas y algunos anuncios de películas truculentas, completan la decoración. Es de noche. La acción en Madrid. Epoca actual.

—

(Al levantarse el telón, están en escena, SALUD, LOZANO, ROVIROSA, BERMÚDEZ, CANSINO y MOLINA. Salud, es una vendedora de periódicos. Lozano, el encargado del Bar. Rovirosa, un camarero. Bermúdez, el cerillero y Cansino y Molina, dos estudiantes que sentados ante una de las mesas, juegan al dominó.

Salud, Lozano y Bermúdez escuchan lo que Rovirosa lee en un periódico de la noche.)

Música

ROV. La cogió por el cuello
desaforao,
la pegó siete tiros
en un costao:
y luego él
con un puñal
se dió un golpe en el quinto
espacio intercostal.

SALUD ¡Qué animal!

TODOS ¡Qué animal!

ROV. Esto es lo que se dice
un crimen pasional.
(Gran revuelo y murmullo de muchas voces dentro.)

Hablado sobre la música

LOZ. ¿Eh? ¿Qué sucede?
BER. (Idem) Que habrá empezao la segunda parte y la gente estará horrorizá, porque hay que ver la peliculita.
ROV. Espera, que parece que ha ocurrío algo.
LOZ. Algun accidentao.
BER. En efecto...
(Por la puerta del foro enrtan en escena BERNABÉl caballero bien portado, y GONZÁLEZ, acomodador de cine, trasportando a doña ELVIRA, que viene accidentada.)
BERN. ¡Agua!
GON. ¡Agua! (Todos acuden y colocan a doña Elvira en una silla. Bermúdez sirve el agua pedida.)
LOZ. ¡Qué! La peliculita, ¿no?
BERN. La peliculita...
BER. Como que es de alivio.
BERN. (Ya con la música.)
Esa es una proyección
que es capaz de accidentar
a Nerón y a Scipión
y a la estatua de Colón
y a Rodrigo de Vivar.
¡Elvira!... ¡Mi Elvira!...
SALUD Ya parece que respira.
BERN. Y su faz se colorea.
LOZ. Mire usted cómo suspira.
ROV. Mire cómo parpadea.
SALUD Ya le va pasando.
ELV. ¡Dios santo, qué horror!
TODOS Ya no tiene nada.
Ya se le pasó.
ELV. Jesús y qué película.
BERN. Serénate, por Dios.

—

ELV. Iba a tomar el tren la Baronesa
siguiendo a sus dos hijos y al Barón
y los cuarenta y cinco de la banda
acechan a la dama en la estación.
Y al subir al tren.
TODOS ¡Jesús!... ¡Jesús!
ELV. El conde de Rus.

TODOS ¡Jesús, Jesús!...
ELV. Coloca el petardo
cerca del andén
y explota y sucumben
la pobre señora,
catorce viajeros
y dos camareros
y un mozo del tren.
Y eso no está bien.
TODOS Eso no está bien.
ELV. Raudales de sangre
corren por los ámbitos
y se ven las vísceras
llenas de coágulos.
¡Qué barbaridad!
TODOS ¡Qué barbaridad!
ELV. Yo no he visto nunca
una cosa igual.
Dáme el brazo y vámonos.
BERN. Tómalo y apóyate.
ELV. ¡Jesús, qué película!
Por Dios, Bernabé.
BERN. (A los demás.)
Agradezco mucho a todos
la bondad y la atención.
ELV. } No vuelvo al cinematógrafo
BERN. } aunque rifen un fonógrafo,
un cronógrafo, un autógrafo
y un jamón.
TODOS No vuelve al cinematógrafo
aunque rifen un fonógrafo,
un cronógrafo, un autógrafo
y un jamón.
La pobre va muy nerviosa
y tiene su explicación,
la *peli* que dan ahora,
es de una gran emoción.
¡De intensa emoción!
¡De gran sensación!

(Se van por la derecha don Bernabé y doña Elvira González por el foro. Cesa la música.)

Hablado

ROV. Bueno, y tiene razón; porque aquí s'han proyectao películas emocionales, pero como esta de «La perilla del muerto», que se limpien.

LOZ. ¿Tú no te acuerdas de «La sangre de los treinta y nueve», Rovirosa?

BER. Verdad.

ROV. Me acuerdo de esa y me acuerdo de «Olga la tigre» y me acuerdo de «Seis corazones y un hígado», que también se las traían pero es que esto de la Perilla, te pone los pelos de punta. Mira, la noche que yo la ví, podéis preguntarle a mi mujer; no pude reconciliar el sueño; estaba yo en la cama y no veía más que perillas por toas partes.

SALUD Y el salón estará lleno, ¿no?

LOZ. Atestao.

BER. Como que ese señor Sobrols, en punto a vista, bate el rrecorrido.

ROV. ¡Vaya una suerte de hombre! Estar en Valencia con cuatro amigos, venirse a Madrid por el gusto de digestionar en la Corte un arroz, surgirle este negocio y ahí está, que no arrastra coche porque dice que le marean los vehículos.

LOZ. Natural; como que s'ha percatao de lo que es este público y en estos negocios de espectáculo el toque está en el percatamiento. A mí me lo dijo: «Lozano. a esta gente turculencias y nada más que turculencias; el comiquismo y el poetiquismo, pa los vegetarianos.» Y fué y le dijo al operador: «A mí me proyecta usted películas de sangre», y bueno, debutó con una, que por cierto la dan esta noche a última hora, que... ¡Señores qué cinta!

SALUD ¿Cuál?

LOZ. La clínica de Pitaluga.

ROV. Esa no la conozco yo.

LOZ. Pues nada; un cirujano que hace muchas operaciones y que va una tía de Fantomas y le envenenan los instrumentos, excuso decirte.

SALUD Morirá mucha gente, ¿no?

LOZ. Muere hasta el operador.

ROV. Además, que el procedimiento que tiene el señor Sobrols para anunciar, es de los definitivos. Porque hay que ver la revolución que se ha armao en Madrid con el anuncito.

SALUD Pupila que tiene. (Ruido de voces que comentan dentro.)

LOZ. ¿Eh?

ROV. Eso es que ha empezao la última parte de «La Perilla»... Voy a entrar porque cuando el cocodrilo se come a la viuda, siempre hay algún accidentao.

SALUD Bueno; ¿y cómo habrán hecho ese trozo? Porque es que se ve que se la come. ¿No será una muñeca?

BER. Como que se la iban a dar con estopa a un reptil. Es una viuda, pero que de chipén.

SALUD Pues a mí no me cabe en la cabeza.

ROV. Pues que te quepa, porque a mí que antes no me cupia, ahora me coge, desde que le oí decir al tío de la cabina, que hay peliculeros que por diez pesetas diarias se deja deglutir. Bueno, hasta ahora.

SALUD Me asomaré yo también. (Al hacer mutis por la puerta del foro Rovirosa y Salud, tropiezan con ALBI-MELEN, que entra en escena por dicha puerta, descompuesto, nerviosísimo, como loco. Viene seguido de HINOJOSA, un muchacho como de veinte años con aspecto de tendero, en día festivo. Albi-Melén, o sea don Albino Meléndez de la Escosura, es un hombre como de treinta y cinco años, elegantísimo, archi-elegantísimo, riquísimo y simpatiquísimo, pero nervioso hasta la exageración. Acciona rápidamente, habla rápidamente, salta en seco por cualquier cosa y es una especie de vértigo en libertad) ¡Jesús! ..

ALBI ¡Perdón!... (Plantándose ante el mostrador del bar.) ¡Agua! (Pone el sombrero sobre el mostrador y tira tres botellas y catorce platillos con azúcar.) ¡Ya! ¡La catástrofe!...

HIN. Señor Meléndez.

ALBI ¡Nada!... ¡Agua!... ¡Ya!... ¡Pronto!... (Pretende poner en pie una de las botellas caídas y tira seis cacharros más.)

LOZ. ¡Caray!...

BER. ¡Atiza!

ALBI ¡Nada!... ¡Agua!... ¡Pronto!.. Venga...

BER. Tome usted. (Bebe Albi-Melén.)

CAN. (Dejando de jugar.) Oye, tú, pero si es Hinojosa.

MOL. Pues es verdad. (Llamando) Hinojosa... (Hinojosa les dice por señas que se callen.)

ALBI (Dando a Bermúdez una peseta.) Tome, no sobra nada.

BER. Gracias.

ALBI (Buscando la puerta que conduce al cine, sin encontrarla.) ¿Por dónde?...

HIN. Yo creo don Albino, que debía usted tomar un poco el aire; está usted muy nervioso...

ALBI ¡Ah! Sí. ¡Ya! Por aquí... (Hace mutis por la puerta del foro, como un rayo.) ¡Voy! (Todos se quedan en una pieza.)

HIN. ¡Maldita sea la hora!...

CAN. Pero escucha, tú, ¿quién es ese relámpago?

HIN. Cállate, hombre, que m'h caído encima una columna del Rio de la Plata.

MOL. ¿Pero quién es?

HIN. Uno de Alcoy; el dueño de esa fábrica de papel de fumar que yo represento y que se intitula «Humo y nada.»

CAN. ¡Ya!

HIN. Un tío con más millones que pesa, pero que tiene los nervios como garrochas y está más loco que un ventilador. Ha venido a Madrid a reponerse de una neurastenia aguda y vamos, me tiene a mí, que no salto yo también porque no hay una comba. ¡Señores, qué hombre!

CAN. ¿Y cómo se llama, tú?

HIN. Don Albino Meléndez, pero todo el mundo le llama Albi-Melén porque así firma él los artículos.

MOL. ¿Pero es también escritor?

HIN. Cronista de salones de *El Faro Alcoyense*, un periódico semanal que se publica en Alcoy cada quince días. Pero, señores, qué loquísimo está.

CAN. ¿Y por qué le da la chifladura?

HIN. Por causa de la neurastenia, ¿no te lo he dicho?

CAN. Te pregunto, ¿qué cuál es su manía?

HIN. ¡Ah! Pues si te lo digo, te retuerces. Verás. Es un gachó que no hay drama policiaco que el no conozca, ni folleto detectivesco que él no haya leído, ni se proyecta película emocionente a la que él no asista. Siempre le ha dado por ahí y tiene un lío en el cerebelo con los Fantomas y los Zigomanes y las Bertinis, que da risa. Pero lo peor no es eso, lo peor es que Sánchez Guerra le nombró policía honorario, porque él se lo pidió y ha tomao el cargo en heroíco, se cree un Judex v un Holmes y excuso deciros.

MOL. ¡Atiza!

CAN. Pues sí que es una locura peligrosa la del gachó.

HIN. Y tan peligrosa. Como que... Bueno, y esto que no salga de nosotros...

MOL. Descuida.

HIN. Ha tenido que venirse a Madrid porque hace cosa de un mes estaba en Alcoy, en un café, y oyó que dos que había en la mesa de al lado, estaban diciendo: «Nada, don Demetrio, a Gutiérrez y a su esposa hay que darles muerte, y a la cuñada conque la tengamos encerrada catorce años...» Bueno, se echó sobre ellos, armó el primer escándalo, los amarró, los metió en la cárcel y luego resultó que aquellos dos señores, eran el Presidente y el Fiscal de la Audiencia. (Risas.)

MOL. ¡Mi madre, qué torta!

HIN. Como que ensarta una tragedia en un fideo fino, porque tú, te encuentras un pelo en el cocido o en el ragut y lo apartas, si eres aseao, y piensas: «Nada, un descuido capilar». Y quien dice un pelo, dice un mechón.

CAN. Natural.

HIN. Bueno, pues él se encontró hace tres días un pelo de señora dentro de un huevo pasado por agua y no quieras saber los tres días que me ha hecho pasar. Claro que quitarle a un huevo la cáscara y encontrarse dentro un cabello de dama, es pa volver loco, no digo yo a don Albi-Melén, a un naturalista; pero me ha dao una con la lupa y el microscopio y las inducciones que estaba yo de pelo hasta la coronilla.

MOL. ¡Ah! ¿Pero es de los de lupa y microscópio?

HIN. ¿Pero no te digo que se cree un Holmes o un Conde Hugo? Mira, lleva en el bolsillo una linterna sorda, y una cuerda de seda y un antifaz y una barba postiza y una ganzúa y un revólver cargao y qué sé yo...

CAN. Pues ten cuidao; porque un chifleta con todo eso encima...

HIN. El día que coja el tren me va a parecer mentira, porque encima de los sustos que me da no me deja a sol ni a sombra y apenas si puedo ver a Rosaurita.

MOL. ¡Ah! ¿Pero siguen las relaciones?

HIN. No que no. Ahora se va ella a provincias de

segunda tiple ingenua con la Compañía de Carrascosa. Para mí que el padre se la lleva pa alejarla de mi lado, porque sabe que la tengo cadavérica por mis pedazos; pero aunquese la lleve a la fin del mundo, esa Julieta es para este Romero.

CAN. Pero el padre, ¿por qué se opone?

HIN. Porque ella no tiene na más que quince años; pero hay que ver qué quince años, querido Celedonio.

CAN. Pletóricos.

HIN. Por tós laos. (Ríen.)

ALBI (Entrando en escena por el foro, como una tromba.) ¡Aquí.. sí, dónde, allí... Hinojosa!... (Le toma rápidamente del brazo.) ¡Ya!

HIN. ¿Eh?

ALBI (Casi sin poder hablar.) ¡El cocodrilo!... No es un truco.. Venga usted... (Arrastrándolo hacia el fondo.) ¡La perilla!... ¡Vamos!...

HIN. ¡Don Albino, que se va usté a poner enfermo!

ALBI ¡Pronto! ¡Venga!... ¡ Ya!... (Desaparecen por la puerta del foro. Cansino y Molina rompen a reir.)

CAN. ¡Señores, qué tío!

LOZ. Viene todas las noches, y casi siempre lo sacan accidentao.

BER. Pues como esta noche vea proyectar lo de la Clinica de Pitaluga, la diña.

MOL. Pobre Hinojosa, y la que le ha caído encima.

(Por la puerta de la derecha entran en escena CALDERON y FERNANDA. El frisa en los cincuenta años y ella en los cuarenta. Visten con elegancia.)

FER. ¿Es aquí dónde le citaste?

CALD. Aquí.

FER. Pues no ha venido.

CALD. Esperaremos. (Se sientan ante un velador y llaman.)

BER. (Acercándose.) Los señores dirán.

FER. Café.

CALD. Cognac. (Bermúdez se retira y les sirve a poco lo pedido.)

MOL. Escucha, tú, ¿vamos a asomarnos a ver qué le pasa a ese hombre?

CAN. Vamos. (Se levantan.) Tú, Bermúdez, toma. (Le pagan.)

BER. Muchas gracias. (Se van por el foro Cansino y Molina. Al mismo tiempo entra en escena, por la de-

recha, MENDIZABAL, hombre como de cuarenta años, todo afeitado y no muy bien vestido. Es un actor barato que lleva unos cuantos meses sin trabajar.)

CALD. (Al verle.) Ahí está. (Llamándole.) Mendizábal.

MEN. ¿Eh? (Sorprendido.) ¡Caramba! ¡Calderón!... (Le abraza.) Chico, qué casualidad.

CALD. (Presentando.) Fernanda Lagunosa, mi aliada... Ovidio Mendizábal, actor aplaudidísimo.

MEN. ¿Señora?... Pues nos encontramos aquí por una chiripa, porque yo veo un cine y me hago el desentendido. Vamos, que no entro ni amarrao; pero me ha citado aquí esta noche, para hablarme de negocios, un tal Esparraguera...

CALD. Baja la voz.

MEN. ¿Eh?

CALD. Ese Esparraguera... soy yo.

MEN. ¿Tú?

CALD. Y dale; habla bajo, hombre.

MEN. Perdona, pero la última vez que trabajé fué en el Circo de Price, y se me ha quedao la costumbre de gritar. De manera que has sido tú...

CALD. Sí.

MEN. Bueno, algún lío de los tuyos, como si lo viera. Qué, ¿aún te persigue la policía por aquella chiquillada?...

CALD. No; aquello fué una niñería, y ya se acabó. Hace un mes que he cumplido cuatro años.

MEN. ¿Cómo cuatro años?

CALD. Cuatro años de prisión, y saldada mi deuda con la justicia, vuelvo a ser el caballero honorable de siempre.

MEN. ¿Y de qué vives ahora?

CALD. Pues ahora vivo de una martingala que cuando te lo explique vas a salir por bronce para hacerme un alto relieve.

MEN. Cuenta con el relieve. Cuenta. Ya sabes que desde que te conocí en Tarragona ejerciendo el timo de la testamentaría proindiviso, eres mi debilidad. Si me necesitas para algo...

CALD. Si para eso te he llamado, so primo, porque mi combinación suele a veces necesitar de untercero, y tú me reunes todas las condiciones.

MEN. Pues desembucha.

CALD. Verás: ésta, que es un águila, y yo, que no

soy ningún vencejo, hemos ideado y puesto en práctica, con éxito excelente hasta ahora, un timo nuevo que es una maravilla infalíable.

MEN. ¿Es posible?

CALD. Mira, a eso de las doce de la noche, nos vamos a un hotel de postín, pedimos habitación y procuramos instalarnos en una que tenga vecinos a uno y otro lado. Nos sentamos, aguardamos la llegada de los huéspedes contiguos, y cuando suponemos que van a introducirse en el lecho, comenzamos a discutir con voz apagada, pero con violencia. ¡Sí!... ¡No!... ¡Fuiste tú!... ¡Fué el Destino!... ¡Ay de mí!... De pronto, ésta, se echa a llorar como una becerra, yo la doy un beso, que suena bastante, y rompo a llorar también con un desconsuelo, que vamos me oyes y enfermas.

MEN. Caray, sí que es nuevo todo eso.

CALD. Pues ahora empieza el timo, ya verás. Esta me dice: «¡Leonardo, amor mío, hay que morir!»... «¡Sí, Lucrecia, no hay otra solución!»...

FER. ¡Mátame y mátate; que tu brazo no tiemble!

CALD. No temblará.

FER. ¡Virgen santa, mis hijos!

CALD. ¡Mis hijos, santo cielo! ¡Y tener que morir por tan fútil motivo!

FER. Por doscientas pesetas miserables. ¡Valor, Leonardo!

CALD. ¡Arrodíllate!... Bueno, querido Mendizábal, no falla; al arrodillarte, un huésped golpea en la pared, otro en la puerta; llaman, penetran, colocamos una historia folletinesca y, para qué cansarte, cuando no es el huésped compasivo, es el dueño del hotel que no quiere suicidios en su casa; pero nosotros no salimos del cuarto sin los cuarenta duros.

MEN. Bueno, tienes una imaginación que boquiabres.

CALD. Hemos recorrido Valencia, Barcelona y San Sebastián, y que te diga ésta, hemos tenido semanas de ochocientas pesetas.

MEN. ¡Qué bárbaro! Y escucha, ¿para qué dices que necesitas de mí?

CALD. Ya verás. Para la historia que nosotros contamos necesitamos un tercero que tenga una hija, y yo le he dicho a ésta: «Mendizábal tiene una hija tobillera que es un primor, y como él anda mal, por cien pesetas nos ayudaría.

MEN. Encantado y agradecidísimo. Ahí van mis señas. (*Le da una tarjeta.*) Ahora, que voy a estar muy poco tiempo a vuestra disposición.

FER. ¿Y eso?

MEN. Nada, que he formado una Compañía y salimos el próximo viernes para Manzanares.

CALD. ¿Y tu chica también trabaja?

MEN. ¡Anda! La llevo de tiple absoluta. Ha estado en Apolo de corista un semestre; pero la tuve que sacar de allí porque se enamoraron de ella cuatro abonados de la platea de la izquierda, y porque ella a su vez se enamoró de un pollo litri, un tal Hinojosa, que como yo me lo eche a la cara lo voy a operar de apendicitis con un pie. (*Empieza la música.*)

CALD. Lo principal es que nosotros hasta el viernes podemos contar contigo, ¿no?

MEN. Para todo: firmao. (*Ruido de voces dentro.*)

FER. ¿Eh?

CALD. ¿Qué sucede?

MEN. ¿Es en el salón?

LOZ. (*Acercándose a la puerta de la derecha.*) En la calle. Las del anuncio que regresan, y que, como siempre, traen barullo.

MEN. ¡Qué asco! El cine en la cumbre y el arte en los sótanos. Vámonos.

CALD. ¿Tienes prisa?

MEN. Sí.

CALD. Pues vamos. ¡Camarero! (*Paga a Bermúdez y se van, no sin antes dejar pasar a las señoritas ANUNCIANTES, que seguidas de mucho público de ambos sexos entran en escena por la derecha. Estas señoritas Anunciantes son catorce. Visten un jubón de color chocolate y malla blanca. Cada una de ellas trae una especie de ligero estandarte con una letra y otra un guión, y en la espalda, pintada o bordada, la misma letra que en el estandarte. Puestas en línea se leerá en los estandartes y luego en sus espaldas «Cinema Sobrols».*)

Música

CORO
Paso a la flor y nata de lo que quema,
paso a lo más bonito que ha visto el sol.
Ole por los anuncios del gran Cinema,
Cinema, Cinema, Cinema Sobrols.

ANUN.
En el anuncio del Cinema
nos ocupamos noche y día.
y me parece que anunciando
no somos una tontería.
Porque hay presentación
y hay uniformidad,
y hay una atrocidad
de descongelación.

(Dan con los estandartes en el suelo y muestran el letrero de Cinema Sobrols.)

CORO
(Piropeándolas.)
¡Qué jubón!
¡Qué jamón!...
Me está usted instalando
la calefacción.

ANUN.
Vamos siempre paso a paso y en reata
de aquí para allá
y hay algunos que al mirarnos disparata
y dice al pasar:
Cine, cine, cinegética,
resimética y magnética,
va usted enseñando aritmética
y lógica y ética.
No me enseñe usted el cúbito
porque yo soy algo súbito,
y si me siento concúbito
la dejo sintética...
So guasón... So guason,
si me deja usted sintética
no va a servirme el jubón.

(Se vuelven de espaldas al público y muestran el letrero de «Cinema Sobrols». Evolucionan.)

Moreno, vente al Cinema
para que allí te equilibres.

(Al evolucionar se paran las figuras necesarias de espaldas al público, y se lee: «Manos libres».)

Morena, vente al Cinema,
que es un lugar de recreo.

(Vuelven a evolucionar hasta dejar compuesto el letrero de «Más sobeo».)

Vente, morena, al Cinema,

ven, chiquilía, y no seas mema.
Vente, que allí no hay farol;
vente conmigo al Cinema,
Cinema... Cinema Sobrols.
(Cesa la música. Evoluciona.)

Hablado

HIN. (Por la puerta del foro, muy nervioso, muy apurado y atropellando a todo el mundo.) ¡Lozano!... ¡Bermúdez!... ¡A ver!... ¡Tila, éter, agua, cognac!... ¡Algo!... ¡Venga! .. ¡Pronto! (Asombro en todos.)

LOZ. ¿Pero qué sucede?

HIN. ¡Que ya le ha dao!

MOL. (Precipitadamente por el fondo.) ¡Hinojosa! ¡A ver si tú le sujetas!... ¡Que nos puede!

HIN. ¡Mi madre!

SALUD (Por el fondo.) Aquí lo traen; dejarle espacio, que cocea. (Todos dejan libre el paso. Por el foro entran en escena ROVIROSA, CANSINO y GONZALEZ el acomodador, trayendo en volanda a ALBI-MELEN. Este viene accidentado y pataleando.)

ROV. Una silla. (Sientan a Albi-Melén.)

CAN. Señores, qué pataleta. (Le sujetan entre todos.)

GON. ¡Qué barbaridad! Vaya un histérico que he cogido. En fin, yo me voy, que tengo a dos señoras desmayadas en la novena fila. (Vase por el foro.)

HIN. Caballeros, y qué cine.

BER. Ya se le va pasando. (Albi Melén se va calmando poco a poco hasta quedar como dormido.)

SALUD ¡Pobre caballero!

ROV. Es que esa parte del baile de máscaras se las trae; porque cuando el Barón descubre que las muchachas disfrazadas de paje son mujeres de la banda, y ve que los nueve músicos de la orquesta son también de la banda... ¡caray!

HIN. Ya parece que vuelve. Hagan el favor de despejar un poco, porque si abre los ojos y ve a tanta gente ocupándose de él...

ROV. Es verdad.

LOZ. Nos haremos los distraídos.

MOL. Eso. (Forman grupos aquí y allá. Los que están de espaldas a Albi-Melén le miran de reojo.)

HIN. (Que es el único que queda a su lado.) Sí, ya abre los ojos.

ALBI (Abre los ojos, se incorpora y mira estupefecto a un

lado y a otro.) ¿Eh? ¿Dónde estoy?... (Leyendo en las espaldas de las señoritas Anunciantes.) ¡Ah!... ¡Oh!... Y...

HIN. (Asustado.) ¡Caray!

ALBI (Leyendo.) Eme... Ele... Ese...

HIN. ¿Quién?

ALBI ¡Ese!

HIN. Esa...

ALBI ¡Ese! ¡Be!

HIN. ¿A dónde?

ALBI ¡Allí!

HIN. Se ha vuelto loco.

ALBI ¿Dónde estoy?

HIN. Pero don Albino...

ALBI ¡Ah! ¡Sí! ¡La banda!... ¡Las máscaras!... ¡Los pajes!... (Pegando un grito.) ¡Ah!... ¡Ellos!... ¡Sí!... (Apuntando a todos con un revólver.) ¡Manos arriba! ¡Manos en alto!.. (Todos pegan un salto y dan un grito y levantan las manos.) ¡Lástima que no me vea ahora el ministro de la Gobernación.

(Telón.—Intermedio musical.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Decoración partida. Son dos alcobas de un lujoso hotel; las dos de igual tamaño y amuebladas de igual forma. Ambas alcobas se comunican por una puerta; pero esta puerta está cerrada, y ante ella, en cada una de las habitaciones, hay un precioso secretaire. Las dos habitaciones tienen su entrada, la de la derecha (del actor) en el primer término del lateral derecha, y la de la izquierda en el primer término de la izquierda. Ambas tienen en el foro el cuarto de baño, del cual sólo se ve un trozo, pues este cuarto se pierde en el lateral. El mobiliario de ambas alcobas es muy lujoso y elegante; buena cama, buen armario, bonísima butaca, etc., etc. Es de noche.

(Al levantarse el telón, la alcoba de la derecha está a oscuras y en la de la izquierda aparecen O, exuberante doncella, haciendo la cama. GUTIERREZ, mozo del hotel, subido en una escalera y clavando la barra del portier, y LOPEZ, electricista, haciendo un empalme en el cuarto de baño.)

O — (Que viste una falda cortita, al inclinarse sobre la cama para tender la ropa, etc., etc., deja ver lo suyo. Hace la cama a compás de su canto y golpeando en el colchón rítmicamente.)

Con palabras zalameras y engañosas
(Dos golpes.)
me decías que me amabas locamente.
(Otros dos golpes.)

LÓPEZ — (Mientras canta O sale del cuarto de baño con el espejo del tocador y lo coloca convenientemente para ver desde donde trabaja las torneadas pantorrillas.)

GUT. — ¡Rediez, qué ingeniosidad!

LÓPEZ — ¡Calla, pasmao!

O — (Cantando.)

Y que viéndote en el fondo de mis ojos
(Dos golpes.)
comprendías tú la vida solamente.
(Dos golpes.)

LÓPEZ — (Mirando al espejo.) ¡Ole!

GUT. — (Deseando bajar.) ¿Qué?

LÓPEZ — Es chico. (Coge el espejo y se mete en el cuarto de baño.)

O — Se conoce que de verlos tan de cerca
(Dos golpes.)

te ha cansado de mis ojos el reflejo,
(Dos golpes.)
y que ingrato mis promesas olvidando
(Idem de idem. Sale López con un espejo grandísimo. Retardando.)
para verme ahora buscas otro espejo.

LÓPEZ (¡Gachó, qué vista!) (Retrocede y se mete en el cuarto de baño con el espejo.)

O (Cantando.)
Serranillo... serranillo...
no me mates, gitanillo...
(Se inclina muchísimo sobre la cama.)

GUT. (Advirtiéndolo.) ¡Atiza! (Baja rápidamente la escalera y se tira al suelo como buscando algo.)

O (Cantando.)
¡Qué mala entraña... tienes pa mí...

GUT. (Encandilado.) ¡Caballeros, qué soportes!

O (Dándose cuenta.) A ver si se va usted a encontrar con lo que no busca.

GUT. (A gatas.) Oiga usted, mi vida, no sea usted mal pensada; yo hago el cuadrúpedo porque estoy buscando un clavito que se me ha caído. Siga usted en su faena, que yo voy a lo mío.

O Sin que usted se levante no puede ser.

GUT. (Levantándose.) Vaya que sea.

O Y conmigo poquitas bromas. Usted, como es nuevo en el hotel, no sabe los puntos que yo calzo.

GUT. No, ¿eh?

O Y le advierto a usted que yo le doy una torta al lucero del alba. Usted no me conoce a mí. (Continúa haciendo la cama.)

GUT. Es verdad, y me gustaría saber cómo se llama usted.

O (Echándose casi en la cama para estirar bien el embozo, y claro se le ciñe el culo, que así se llama.) O.

GUT. ¡Qué redondez, mi agüela!

O ¡So tío!

GUT. ¡Sobrina! (Trata de abrazarla y O le da una bofetada.)

O ¡Hijo! (Se va por la izquierda refunfuñando.)

GUT. (Rascándose el carrillo.) ¡Mi madre!

LÓPEZ (Desde la entrada del cuarto de baño.) ¡Primo!

GUT. Un disgusto de familia; no hagas caso.

LÓPEZ Como que hay que tener cuidao con ella, porque apenas se resbala uno... No tiene

formas. Bueno, formas sociales, se entiende. ¿Qué, has acabao?

GUT. Yo, sí. ¿Y tú?

LÓPEZ ¡Quiá, hombre! Esto no se arregla en diez minutos. Aquí hay que quitar toa la instalación y volverla a poner.

GUT. ¿Pues qué pasa?

LÓPEZ Que está mal hecha y no sé por qué causa en cuanto hay un poco de trepidación, si están las luces apagadas se encienden, y si están encendidas se apagan. Parece cosa de brujas.

GUT. ¡Caray, tú! ¿Y en todos los cuartos sucede lo mismo?

LOPEZ En casi todos; pero el más gracioso es éste. Verás, voy a pegar un salto. (Pega un salto y se apaga la luz.) ¿Estás viendo? Bueno, pues ahora toma nota. (Pega otro salto y se enciende la luz.)

GUT. Sí que es raro, tú.

LÓPEZ Como que hace quince días que estoy loco y ya sabes tú que yo en materia eléctrica discuto con Edisson y lo achico.

LARGO (Por la izquierda. Es un obrero fontanero. Trae una cara de sueño que no se puede lamer. Bostezando y desperezándose.) Oye, tú, ¿éste es el nueve, no?

GUT. El nueve.

LARGO ¿Y aquí es donde se sale el grifo?

GUT. Goteando está.

LARGO (Desperezándose nuevamente.) ¡Maldita sea!

GUT. Qué te pasa, Largo?

LARGO Calla, hombre, que después de dos noches sin dormir por causa de lo del alumbramiento de mi señora, me echo un rato, y va el señor Matías y me despierta con el aquel de que había que hacer aquí una chapuza que urgía. ¡Maldita sea!... ¡Como pa arreglar un grifito estoy yo.

GUT. Es que gotea, y el huésped de esta habitación es muy nervioso y dice que no pué dormir por causa de la gota.

LARGO Pues que se cure. (Vuelve a desperezarse.) ¡Maldita sea!...

LÓPEZ Bueno, Largo, ahí te quedas.

GUT. Oye, tú, ¿y qué fué por fin, chico o chica?

LARGO Chica.

GUT. ¡Caray, chico!

LARGO Chica.

GUT. Digo, que caray, chico, que sea enhorabuena.

LARGO Gracias. (Bosteza.)

GUT. Adiós, Largo.

LÓPEZ Hasta luego, Largo.

LARGO Hasta luego. (Se van por la izquierda Gutiérrez y López.) ¡¡Maldita sea!! (Bostezando y desperezándose entra en el cuarto de baño y desaparece. Entran en el gabinete de la derecha CALDERON, FERNANDA y O. El primero trae una maleta.)

O Vean los señores si les agrada esta habitación.

CALD. Esto ya es otra cosa. (Tocando con los nudillos en la pared de la izquierda.) Tabique, ¿no?

O Tabique, sí, señor.

FER. (Por la puerta de la izquierda.) ¿Y esta puerta?...

O No juega.

FER. Bien.

CALD. Dígame, ¿hay huéspedes a uno y otro lado?

O Sí, señor. En el siete se hospeda el señor Obispo de Cádiz.

CALD. ¡Oh!

O Y en el nueve el señor Meléndez; un caballero de Alcoy, bastante nervioso por cierto, pero muy buena persona.

CALD. ¡Ah! ¿Es nervioso, eh?

O Nerviosísimo; por eso me permito rogar a los señores, en el caso de que elijan esta habitación, que hagan el menor ruido posible, porque el señor Meléndez es muy impresionable y cualquier cosa le desvela.

CALD. ¿Es posible? ¿Tan impresionable es?

O No tienen ustedes idea. Por cualquier cosa se excita, que vamos, pega saltos.

CALD. ¡Hola!

O Y lo más gracioso es que se cura las excitaciones por medio de la música.

CALD. ¡Qué raro!

O Sí, señor; para él un instrumento de cuerda viene a ser una cosa así como el bromuro; de manera que cuando está excitadísimo saca un violín que tiene en la maleta y se da una de tocar cupleses y foxtrotes y valses, que se enloquece.

FER. Es original.

CALD. Bien, pues nos quedaremos aquí. ¿Te parece, Lucrecia?

FER. Como quieras.

O — Si los señores desean algo más...

CALD. — No, nada; puede retirarse.

O — Está muy bien. (Inicia el mutis.)

CALD. — ¡Ah! Oiga...

O — Señor...

CALD. — Como al desocupar la maleta podemos hacer algún ruido... ¿Está ya en su cuarto ese señor Meléndez?

O — No, señor; todavía no.

FER. — ¿Y el señor Obispo?

O — Ese sí, señora; pero, vamos, por ese pueden ustedes bombardear la casa, porque es completamente sordo.

CALD. — Bien, está bien; muchas gracias.

O — Buenas noches. (Vase.)

FER. — ¡Un sordo, Calderón!

CALD. — Es la primera vez que nos ocurre, Fernanda.

FER. — Sin embargo, me parece que estamos bien instalados, porque ese señor de los nervios...

CALD. — Ese de los nervios antes de una hora habrá depositado en nuestras manos las consabidas doscientas. (Deja caer la maleta y se apaga la luz de la otra habitación.)

FER. — Amén.

CALD. — Dispón la escena como de costumbre.

FER. — Voy.

(Habla dentro Albi-Melén.)

CALD. — (Prestando atención.) Calla.

FER. — ¿Eh?

CALD. — ¡La víctima!

(En la habitación de la izquierda entra ALBI-MELEN seguido de MENDEZ, camarero del hotel. Albi-Melén trae un gabán que se ve que no es suyo porque le está muy estrecho y además trae metido en el brazo derecho, hasta cerca del hombro, un manguito de señora.)

ALBI — (Con una linterna eléctrica en las manos.) ¿La puerta abierta? ¡Eh! ¡Quién! ¡Manos en alto!

MEN. — (Encendiendo la luz.) Pero señorito...

ALBI — Mira debajo de la cama... (Méndez se arrodilla.) ¡Desgraciado! ¿Qué vas a hacer? Ponte esta navaja entre los dientes. (Le da una navajita.) ¿Qué hay?

MEN. — (Hablando con la navaja entre los dientes.) Hay... Sí...

ALBI — ¿Qué?

MEN. Aquí está.

ALBI ¿Eh? ¡Ya! ¡Sí! ¡Quieto! ¡Qué!

MEN. Digo que aquí está el plumero que se había perdido (Saca un plumero.)

ALBI ¿Es plumero o cabellera? ¡Pronto?

MEN. ¿No lo está usted viendo? (Se levanta.)

ALBI (Fijándose en la chimenea y tocándola.) Nunca he preguntado y acaso... Escucha. ¿Esta chimenea es fija o giratoria?

MEN. ¿Cómo?

ALBI Contesta. ¡Rápido! ¡Sin titubeo!

MEN. Fija, señorito.

ALBI De manera que ahí no se puede ocultar ningún juramentado de la banda...

MEN. Vamos, señorito, cálmese usted, que viene usted esta noche... ¡caray!

ALBI Tengo mis motivos. He visto *La perilla del muerto* y *La Clínica de Pitaluga*, y además sé que en Madrid hay una banda.

MEN. Sí, señor.

ALBI ¡Ah! Tú lo sabes también: la banda de los quince. Luego eres de los iniciados... (Nerviosamente se registra los bolsillos.)

MEN. (¡Caray, este tío me da miedo!) (Intenta irse.)

ALBI ¡Quieto! (Encuentra por fin el revólver y lo saca.) ¡Manos en alto!

HIN. (En la puerta de la izquierda.) ¡Señor Meléndez!... (Hinojosa trae un magnífico gabán que le está muy grande por todas partes.)

ALBI ¿Eh? ¿Quién? ¡Tú! ¡Usted!...

HIN. Pero caray, ¿qué pasa?

ALBI No sé.

MEN. (Respirando.) (¡Mi abuela!)

HIN. ¡Calma! (A Méndez.) A ver: una taza de tila.

MEN. Sí, señor. (Haciendo mutis y pareciéndole mentira.) (Te va a traer la tila tu tía.) (Vase.)

ALBI (Nerviosísimo.) ¿Qué pasa? ¿A qué vienes? ¿Te han asaltado? ¿Te han amordazado? ¿Te han secuestrado?

HIN. Se me han pitorreado, que es peor.

ALBI ¿Eh?

HIN. Nada, hombre, que se ha traído usted mi gabán, y dentro está el llavín de mi casa y no me cumple pernoctar en la vía.

ALBI ¿Tu gabán? (Examinándose.) ¡Ah! Sí, es verdad. Salí del Cinema tan nervioso... Bueno, pero no te ha ocurrido nada, ¿verdad?

HIN. Afortunadamente, y eso que he pasado unos

sustos... Porque después de haber visto en el cine el tiro que le pegan los de la banda al señor Duque, en aquella callecita de París, ¡caray! no sabe usted el repeluco que yo tenía; porque este abrigo de pieles es demasiado atrayente, y vamos, está pidiendo un atraco: Es mucha elegancia, señor Meléndez. Repare usted qué tipo más apropósito para pegarle un tiro.

ALBI Comprendo tu miedo. Perdona, pero esa condenada película me desató de un modo...

HIN. Como que le han dado a usted dos ataques que yo creí que las liaba usted.

ALBI Y lo peor es que todo eso que hemos visto en película se da en la realidad. Sí, no lo dudes. Hinojosa, En Madrid hay una banda...

HIN. Y dale, don Albino.

ALBI Madrid es un nidal de asesinos. ¡Lo sé!

HIN. ¡Señor Meléndez!

ALBI ¡Lo sé! Estamos acechados por gentes que como nos cojan...

HIN. ¡Caray!

ALBI Los hoteles son guaridas de malhechores. No me fío aquí de nadie... Hay ruidos sordos... La chimenea es fija, pero estos tabiques... Ven, toca, palpa, a ver si encontramos el botón y giran.

(Se ponen a tocar las paredes.)

HIN. (Cada vez más miedoso.) ¿Usted cree?...

ALBI Sí; por aquí debe haber entrada a algún subterráneo.

HIN. ¡Mi madre!

ALBI ¡Hinojosa!

HIN. ¡Señor Meléndez!

ALBI Tú no tienés vergüenza...

HIN. ¡Sí, señor.

ALBI Tú no tienes vergüenza.

HIN. ¡¡Sí, señor!!

ALBI Déjame hablar.

HIN. Es que no admito...

ALBI ¡Eres mío! Así me gusta. Tú no tienes vergüenza. (Le tapa la boca para que no conteste.) Si no te unes conmigo para hacer desaparecer a toda esa canalla de dientes blancos, caretas verdes, capuchones negros, bandas rojas y guantes grises de Madrid.

HIN. Sí, señor; ¡júrolo, señor Meléndez!

ALBI ¡Juramentolo, Hinojosilla! Y si hay que matar, se mata.

HIN. ¡Eso!

ALBI Y si hay que morir, se muere.

HIN. ¡Eso! (Da con una silla en el suelo.) ¡Aquí hay un hombre!

(Se apaga la luz del gabinete y queda encendida la del cuarto de baño. Hinojosa y Albi-Melén, dan un grito.)

ALBI ¡Manos en alto!

HIN. ¡Mi madre!... ¡El tabique... el subterráneo!...

ALBI ¡Quién ha apagado la Osram! ¡Hinojosa!

HIN. (Temblando.) Se... ñor Me... lén... dez...

ALBI ¡Quien!... ¿Tiemblas?

HIN. ¡No! (Asomándose al cuarto de baño y teniendo que sujetarse en la pared para no caerse.) ¡Aquí... hay un hombre!...

ALBI ¡Eso! Valentía. ¡Corazón!

HIN. (Casi sin poder hablar.) ¡Don Albino!...

ALBI ¡Qué!

HIN. ¡Aquí hay un hombre!...

ALBI No lo dudo, Hinojosa; creo en ti. Gracias.

HIN. (Echándose en brazos de Albi-Melén.) ¡Digo que en el cuarto de baño hay un hombre!

ALBI (Pegando un salto y un grito y pretendiendo sacar su revólver sin poderlo conseguir a fuerza de nervioso.) ¡El conde!... ¡El duque!... ¡La banda! ¡Ya!

LARGO (En la puerta del cuarto de baño, desperezándose brutalmente.) ¡Maldita!...

ALBI (Avanzando de un salto.) ¡Manos arriba! (Se enciende la luz. Largo corta el desperezo y queda con los brazos en cruz.) ¡Quieto! (Hinojosa se mete debajo de la cama.)

LARGO Usted me perdone; pero entré a componer el grifo y me he quedado una miaja traspuesto.

ALBI ¡Mientes! Te conozco; ¡largo!

LARGO Para servirle.

ALBI Tú eres de la banda.

LARGO Sí, señor; de la de don Camilo Pérez.

ALBI ¡Basta!

HIN. Que se vaya. ¡Fuera! ¡Márchese!

ALBI ¡Pronto!

LARGO Sí, señor. (Inicia el mutis.)

HIN. ¡Fuera!

ALBI ¡Largo!

LARGO (Volviéndose y acercándose a Albi-Melén.) Usté me dirá.

(Hinojosa se oculta.)

ALBI (Temblando como un azogado.) ¡Váyase! ¡Largo! ¡Pronto!

LARGO Sí, señor. (Se va por la puerta de la izquierda.)

ALBI (Nerviosísimo, saltando.) ¡Música!

HIN. (Acudiendo a él.) ¡Otro ataque! ¡Don Albino!

ALBI ¡Música!

HIN. ¿Eh?

ALBI ¡Tócame algo!

HIN. ¡Caray!

ALBI Canta, toca, silba...

HIN. No puedo; estoy muy nervioso.

ALBI Dame el violín... ¡Cántame algo!...

HIN. (Cantando mientras saca el violín de una maleta.) Un fraile... dos frailes... tres frailes... en el coro...

ALBI ¡Eso no!

HIN. ¡Caray! (Cantando.)
Que no pué ser...
que no pué ser...
(Dándole el violín.) Tome usted.

ALBI (Como el que se agarra a un clavo ardiendo.) ¡Ah! ¡Ya!... ¡Trae!... ¡Un fado! Por tu madre, acompáñame un fado.

Música

ALBI (Comienza a tocar el violín nerviosamente, fuertemente.)
Dormido estaba soñando
qué soño tan divertido.
Soñei que tiña na cama
a forma do teu vestido.
Ay fado, fado,
fado, fadiño,
mis *ollos* niños
nao se cansan de mirar.
Ay fado, fado,
fado fadiño,
por teu cariño
yo me morro de pesar.

HIN. Ese fado le ha tranquilizado,
ese fado quiero yo cantar.

TODOS Ay fado, fado,
etc.

—

ALBI Quem quiere bem derme al raso,
a porta do seu amor

con pedras por cabeceira
y estrellas por cobertor.
Ay fado, fado,
etc.

—

HIN. Ese fado le ha tranquilizado,
etc.

TODOS ¡Ay fado, fado,
etc.

(Albi-Melén deja caer el violín y el arco y queda en la butaca como traspuesto. Cesa la música.)

Hablado

HIN. (Andando de puntillas.) Se ha quedado como aletargado; a ver si coge el sueño y descansa. Guardaré el violín y me iré sin hacer ruído. (Coge el violín y el arco y los guarda.)

FER. ¿Ya, Calderón?

CALD. Sí. A ver cómo te portas. (Fernanda se santigua y se acerca al lateral izquierda.)

HIN. (Dudando.) No sé si despedirme de él... ¿Se disgustará si no me despido?...

FER. (A media voz y trágicamente.) ¡Sí!

HIN. ¡Caray!

CALD. (Como Fernanda.) ¡No!

FER. ¡Fuiste tú!

CALD. ¡Fué el destino!...

FER. (Llorando desconsoladamente.) ¡¡Ay, de mí!!

HIN. (Miedoso.) ¡Mi mama!... ¡Mi ma... ma... madre!

CALD. (Llorando y dándose un beso en una mano.) Hay que morir, Lucrecia, amor mío!...

(Albi-Melén se incorpora y presta atención.)

FER. Hay que morir, Leonardo.

HIN. ¡Don Albino!

ALBI ¡¡Calla!!...

(Se acercan los dos de puntillas a la puerta de la derecha.)

FER. Y pensar que quinientas pesetas nos salvarían la vida; mátame y mátate.

CALD. ¡Sí; despidámonos de la vida!

HIN. ¡Don Albino!

ALBI ¡Ayúdame!

(Quitan la mesa rápidamente.)

HIN. ¿Qué va usted a hacer?

ALBI (Sacando una ganzúa.) ¡Silencio! (Intenta abrir la puerta.)

FER. ¡Valor, Leonardo mío!

CALD. ¡¡Arrodíllate!!..

ALBI (Abriendo la puerta y presentándose revólver en mano.) ¡Manos en alto!...

CALD. ¡Ah!

FER. ¡Oh! (Cae desmayada en brazos de Calderón.)

ALBI ¿Qué vais a hacer, desgraciados?

(Calderón rompe a llorar desconsoladamente.)

CALD. Guarde usted ese arma, caballero. (Albi-Melén se guarda el revólver.) Ayúdeme a depositar el inanimado cuerpo de este infeliz sobre esa calzadora y escúcheme.

(Entre los dos dejan a Fernanda sobre la butaca.)

ALBI Os escucho.

CALD. Ante todo, no me explico cómo ha podido usted enterarse y penetrar...

ALBI (Enfático.) ¡Soy Albi Melén! Hablad.

CALD. ¡Ay, caballero!.. Ha hecho usted mal, muy mal en interrumpirnos cuando nos disponíamos a buscar en el sueño eterno un eterno consuelo a nuestras cuitas amarguísimas. ¡Ah!

ALBI Explíquese.

CALD. Caballero: esta señora y yo en nuestras mocedades tuvimos una hija, que esta infeliz dió a criar a una pobre mujer llamada Sisebuta González, y ahora, al buscar a aquella hija, brote de aquel amor... ¡Ah!

ALBI ¡Qué!

CALD. Hemos averiguado que vive martirizada por un hombre sin conciencia; un bandido que exige para entregárnosla una cantidad, ¡ay! que no tenemos: quinientas pesetas... (Albi-Melén saca una cartera.) (¡Ya!) (Albi-Melén saca un lápiz y se dispone a escribir.) ¿Comprende usted, caballero? Debemos morir: es el terror, la pena, el remordimiento. ¡Ay!... Quinientas pesetas!...

ALBI (Nervioso, haciendo contorsiones, saltando.) ¡Ya!... ¡Por fin!... ¡Sí!... ¡Una niña... un bandido.. unos padres que lloran!... ¡¡Ah!!

CALD. ¿Eh?

ALBI ¡¡Sí!!

CALD. Y todo por quinientas pesetas.

ALBI ¡Pronto! ¿Dónde vive esa niña?... ¿Dónde habita ese hombre?...

CALD. (Dándole una tarjeta.) Estas son sus señas.

ALBI ¡Ah!... ¡¡Hinojosa!!

HIN. (Sin pasar de la puerta.) ¡Don Albino!

ALBI ¡Mi abrigo, mi sombrero!... El tarro del cloroformo... la careta.

HIN. Pero...

ALBI ¡Pronto!

CALD. (¡Caray!)

ALBI ¡Ah!

CALD. ¡Y todo por quinientas pesetas!... (Llora.)

HIN. Tome usted. (Le da el gabán y el sombrero.)

ALBI (A Hinojosa.) Ven.

HIN. ¿A dónde?

ALBI ¡¡Ven!! ¡Vamos!

HIN. No, señor. Yo estoy algo, que... Vaya, que yo... aventuras a mí, noo..

ALBI ¡Cobarde! Espérame. Me basto y me sobro para hacer justicia. No lloréis, caballero. Antes de una hora habré librado a ese ángel de las garras de un tirano. Lo juro por mi honor.

CALD. Pero...

ALBI (Arrojándole una tarjeta.) ¡¡Lo juro por mi honor!

CALD. (Aparte a Fernanda, enseñándole la tarjeta de Albi-Melén.) «Albi-Melén. Detective honorario.» ¡Fernanda!

FER. ¡Calderón!

CALD. ¡Nos hemos caído! (Hinojosa cierra la puerta que comunica las dos habitaciones y se echa en la cama de Albi Melén.)

ALBI (Amartillando el revólver y haciendo mutis por la puerta de la derecha, sublimemente y diciendo enfáticamente y con sonrisa de iluminado.) ¡Aprended, sombras de Hugo, de Judex y de Carter y de Holmes! ¡Aprended!

(Vase. Música. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Decoración partida. A la derecha, boardilla con ventana a la izquierda, que es un tejado. Una mesa y varias sillas. Puerta practicable a la derecha y en el techo una claraboya figurada. Alumbra la escena una lámpara eléctrica que pende de un trozo de flexible.

—

(Al levantarse el telón están en escena una ESCLAVA, ROSAURITA, LA RAMIREZ, LA GALAN, LA PEREZ, DOÑA TADEA y dos artistas más. PERLADO, con un libro en la mano. RICO, HERMOSO, GALLARDO y GARRIDO. MENDIZABAL dirige. La Ramírez, la Galán y la Pérez, así como las dos artistas, son cómicos de «bolos» de pueblos, que llevan unos abriguitos inverosímiles y unos trajes más pasados de moda que los abriguitos. Doña Tadea es una característica venida a menos. Perlado es un apuntador cogido a lazo y Rico, Hermoso, Gallardo y Garrido, ni son cómicos, ni garridos, ni hermosos, ni ricos, todo lo contrario; el uno lleva una capita corta y raída; el otro, un viejo paletó; el otro, una bufanda por todo abrigo, etc. No ha de faltar quien se toque con un deteriorado sombrero hongo de color castaño.)

MEN. (Explicando la situación.) Este es el gran salón adamascado. Allá cuelga un tapiz, acá un dosel, allá un trofeo, y el luciente *parqué* está cubierto de alfombras esponjosas y abigarradas. Humean los pebeteros, flamean las banderas y sale la esclava. Anda: vete a

la escalera y figuraremos que sales del serrallo.

ESCLAVA A ver si se despiertan los vecinos.

MEN. Peor pa ellos. Venga.

Música

ESCLAVA (Dentro.)

Dejadme pasar,
que quiero cantar.
Del serrallo vengo;
enviada soy.

LAS DE ESCENA

Dejemos pasar la esclava
del gran señor. (Zalemas.)

—

ESCLAVA (En escena.)

Traigo un bello cantar
a mi señor;
un cantar que oí
en el Hamadán,
y en la selva virgen del Yrám.
Una noche de abril,
noche de amor,
que junto al nido cantó el ruiseñor.
Un pobre ruiseñor,
que así expresaba su dolor,
porque murió por él
la compañera de su amor...

—

Como aquel ruiseñor
también yo amé,
un amor infiel,
un amor que huyó
y que mi alegría destrozó.
Y desde el día aquél,
fiel al dolor,
mis penas canto
como el ruiseñor.
El pobre ruiseñor, etc.

Hablado

MEN. Hala, vamos a ensayar el libro, que no tardará en venir el empresario. Los que no tengan verso, que se vayan. (Vanse derecha las dos

actrices y la tiple.) Cuadro segundo: en la Persia. (Colocando una silla a la derecha.) Aquí el trono del *Sápatra*, digo del *Sátrapa*. (¡Vaya una palabrita!) Y el *Sápatra*... el *Sátrapa*, yo. *Satrapa. Satrapa. Resátrapa.* (Colocando las figuras en posiciones ridículas e inverosímiles.) Aquí la Ramírez con el coro de bayaderas; postura de ángel volando. A ver las turcas. Doña Tadea y vosotras: Indolencia otomana y sonrisa de Hurí. Más atrás la cabeza; arqueo en los brazos y seno palpitante. Los pajes. A ver: Hermoso.

HER. (Con barba de una semana) ¿Y voy a salir de malla?

MEN. ¡No quiero exigencias!

HER. Bueno, bueno.

MEN. Las piernas cruzadas y las manos en la cintura. Sonrisa infantil.

HER. A ver si me sale.

MEN. Los árabes: Gallardo y Garrido, haciendo zalemas; cabezas bajas y manos arriba. Gitanos: Rico y mi niña, en el suelo, tocando el pandero. Perlado: tú das la voz. (Este se sienta en el suelo hacia la izquierda.) ¡Quietos! Se hace el obscuro. Venga de ahí.

PER. (Simulando dentro de la concha.) ¡La voz de la leyenda!

RAM. (Que es el empresario, entra ahogándose.) Buenas noches.

TODOS (Descomponiendo la figura.) Buenas noches.

MEN. (Enérgico.) ¡Quietos!

(Todos vuelven a tomar sus actitudes artísticas.)

RAM. ¡Qué escalerita!

MEN. La gloria, que está muy alta, señor empresario.

RAM. De todo tiene la culpa el *cine*, porque si no hubiera *cine* por la noche en el «Salón Rodríguez», ensayaríamos allí como por la tarde. Pero, ¿qué hace esta gente? ¿Por qué no están vestidos?

MEN. ¿Es que están inmorales?

RAM. Digo con los trajes de la obra.

MEN. ¡Ah, ya!; es cosa mía. Que he tenío unas palabritas con el *satrapa* y se ha llevao la ropa.

RAM. ¿Qué dice usted?

MEN. Con el sastre: ¡es que estoy loco con el prólogo que tengo que decir!

RAM. (Sentándose en lo que figura el trono.) Bueno, vamos a ensayar. Y a ver si su niña de usted vuelve a estropear el ensayo, que parece tonta.

MEN. A mi niña lo que le pasa es que emprincipia ahora y está así como alicortá, pero es toda una primera actriz.

RAM. A verlo.

MEN. Pero, que ¿a verlo? ¿Usted *iznora* que la temporada que estuvo en Apolo, los de la platea de la izquierda me la quisieron *ratar* una noche? Ahora, que yo... ¡A mí me la van a *ratar! ¡Rataban!*

RAM. Siga el ensayo. Y a ver si no se equivoca usted, como de costumbre.

MEN. ¿Yo!... ¿Que me equivoco yo? ¡Vamos, hombre! (Dando una palmada.) ¡Oscuro!

PER. ¡La voz de la leyenda!

MEN. Un gobierno de Persia disfrutaba
un *Sa-tra-pa*, polígamo inhumano,
que mujer que veía y le placía,
avariento encerraba en su serrallo;
y el *Sátrapa*, movió en su *sa-tra-pia*,
mil trapatiestas y dos mil escándalos.
Tantas y tantas fueron sus locuras,
a grado tal y a punto tal llegaron
del *Trápasa* las locas *satrapiestas*
que allá en su *trapasía*... (¡Me he colao!)
Del *Sáprata*... Del *Trápasa*... Del *Sápra*...
Del *Sápatra*... Del *Trápata*... Del... ¡Vamos!
Del *Sátrapa* las locas *trapatiestas*
que allá en su *satrapía* se formaron,
que se duda en la Persia, si es historia
su historia, o es leyenda y cuento tártaro.
(Respira muy satisfecho. Muy declamado.)
De la Rusia llegó a su *sapatrida*... (¡Arrea!)
una tribu *billantre* de *gitranos*. (¡Sopla!)
y al *Sá-tra pa-po lí-ga-mo*, placiole
la más bella gitana de aquel rancho.
Y el *Sá ca-tra... po...* ¡no!
Y el *Sá ca tra... po...* ¡no!
Y el *Sá-tra-pa*, polígamo, quedose
sin la gitana para su serrallo.

—

Bueno, a otra cosa; esto ya me lo estudiaré yo solo.

RAM. ¡Muy mal!

MEN. A ver las posturas. Eso es. (Yendo hacia la puerta.) Apunta, Perlado. (Dando una palmada.) Luz.

GALLAR. ¡El Sátrapa!

MEN. (Como haciendo salida.) Enderezaos.

TODOS (Respirando, satisfechos.) ¡Ah!

MEN. Venga libro. (Declamando enfáticamente.) Ilustres Ihlants: Estoy contentísimo de la bacanal que me preparais y ardo en deseos de conocer las diversas mujeres conque me *osequiais*. La que más me guste será la favorita. (Fijándose en Rosaura.) ¡Ah!.. ¡Ah... ¡Ah!

RICO ¿Qué os pasa, señor?

MEN. (Afectado.) No sé. Son dos imanes los ojos de esa gitana. ¡Y es una niña! ¡Está en el primer tercio de su existencia! (Acercándose a Rosaura.) ¿Cómo te llamas, flor de los campos?

ROS. Lydia.

MEN. ¡Lydia y en el primer tercio! (Tronando.) ¡Fuera gente! ¡Dejarme solo! (Se apartan. Sujetando a Rosaura.) No, tú no. (A don Ramón.) Ahora verá usté qué versos más bien dichos. (Aparte a Rosaura.) Con alma o te atizo.

(Declamando.)

¿Do naciste, gitana primorosa,
de talle de palmera y cuello de ánade?

ROS. (Con un cuajo tremendo.)

Nací en la estepa, entre la nieve fría.
Una gitana rusa fué mi madre
y un gitano haragán, ladrón y vago,
fué el autor de mis días, fué mi padre.
A la tierra española me llevaron;
a España, sí, la patria de los árabes,
de Felipe Segundo, de Pelayo,
de Séneca, Colón y Echegaray.

MEN. (Conmovido.) ¡Viva España!

ROS. Desembarqué en Toledo...

RAM. ¡Cómo en Toledo!

MEN. Hombre, el libro dice en Coruña; pero Toledo es más monumental.

RAM. (Furioso.) ¡No, no paso por esto! Se ha terminado el ensayo. (Todos van haciendo mutis.) Mañana a las dos en punto en el «Salón» y usté se queda aquí ensayando con su niña y si mañana no sale esto como una seda, no hay tourné.

MEN. ¡Pero, don Ramón!...

RAM. Ya está dicho.

MEN. Le juro a usted que hoy nos amanece ensayando.

RAM. Usted verá lo que hace. Buenas noches. (Mutis.)

MEN. (A Rosaura.) Ven aquí, gorrión helao. Pero, ¿es esto lo que te ha enseñao tu padre?

ROS. Pero, padre; si es que estas cosas en verso no me tiran.

MEN. ¿Que no te tiran .. y te van a tirar hasta las butacas? Aquí vamos a estar hasta que entre el sol por esa claraboya. ¡A mí no me pringas la tourné! Ea, tercer cuadro: La cueva de los gitanos. Ya sabes: Rico, que figura tu padre, sentado en el suelo con una estaca en la mano, te obliga a bailar, y tú, que estás cansada y enferma, no quieres, y él te pega y te obliga. ¿No es eso?

ROS. Eso mismo.

MEN. Ea, pues duro. Y llorando con gipios como si fuera de verdad.

ROS. A ver cómo me sale.

MEN. Espera; voy a buscar una estaca. Ensaya tú mientras los gipios. (Mutis.)

ALBI. (Saliendo por el tejado izquierda.) ¡Perdona, Sánchez Guerra! Debo haberme equivocado de número, porque después de haber engañado al sereno, resulta que en la buardilla de esa casa no hay ninguna niña. Y no me molesta pasar una noche al raso, no, ¡vive Dios!; lo que me encocora es que mientras esa niña infeliz gime secuestrada, yo estoy en el alero. (Por la boardilla de Mendizábal.) ¿Quién vivirá aquí? (Solloza Rosaura.) ¡Cielos! ¡Un antro!... ¡Una guarida! ¡Una mujer que solloza! ¿Será ella? Me pondré el antifaz.

MEN. (Saliendo con una estaca en la mano.) Empecemos. Baila, pécora, maldita. ¡Baila!

ROS. (Llorando.) ¡No puedo, padre!... ¡La fiebre me consume!... ¡El dolor me devora! ¡Me siento morir!

MEN. ¡Baila!

ROS. (Bailando, llorando y cantando muy mal.) ¡Alegría!... ¡Ay!... ¡Madre mía!... ¡Mi cuerpo serrano!... ¡Ay!...

MEN. ¡Más! (Golpeando el suelo.) ¡Torna! ¡Vuelve!... ¡Más!...

ROS. ¡Ay!

ALBI. (Rompe los cristales y salta a la boardilla revólver en mano.) ¡Basta, miserable! ¡Manos en alto!

ROS. ¡Ay! (Cae desmayada en brazos de Albi-Melén.)

MEN. ¡Quién!

ALBI. (Apuntándole con el revólver.) ¡Un grito, un paso y te atravieso el corazón! (Hace mutis con Rosaura en brazos por la puerta.)

MEN. ¡El abonao de Apolo! ¡Mi madre, qué suerte! (Vase tras él. Telón de cuadro.)

Intermedio

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

La misma decoración del cuadro segundo del acto primero. Es de noche.

—

(Al levantarse el telón, HINOJOSA, tumbado en la cama de Albi-Melén, duerme a pierna suelta. En la otra habitación, FERNANDA, de pie junto a la puerta de la derecha, escucha con ansiedad.)

FER. ¡Dios mío, cuánto tarda! ¿Le habrá ocurrido algo?...

HIN. (Soñando.) ¡Rosaura!... ¡Rosaurita! (Da media vuelta en la cama.)

FER. (Siempre escuchando.) Sí, son sus pasos. Es él. (Entra en escena CALDERON por la puerta de la derecha.) ¡Qué!

CALD. Nada bueno.

FER. ¿Eh?

CALD. La puerta del hotel está cerrada con llave. Tenemos que discurrir algún medio para huir antes que amanezca.

FER. Ha sido un disparate el habernos venido sin dinero, porque si ahora tuviéramos lo necesario, llamaríamos, pagaríamos, diríamos que teníamos que coger un tren que sale de madrugada, y todo arreglado.

CALD. Tienes razón; y como lo que hace falta es el dinero, vamos a buscarlo.

FER. ¿Eh? ¿Cómo?

CALD. No sé; pero a mí no me amanece en esta fonda; porque si el detective habla con Mendizábal, y éste por no comprometerse le dice que la historia de la niña es una leyenda japonesa, pues el hombre empezará a averiguar, comenzarán a salir cosas y más cosas, y yo otra vez en el abanico, no. Yo no vuelvo a la cárcel hasta que no instalen la calefacción.

FER. ¿Pero de dónde vamos a sacar?...

CALD. ¿No dijo la camarera que el huésped de este «coté» era un obispo y sordo? Pues...

FER. ¡Ah! ¿Vas a...?

CALD. Vamos a.

FER. Estás en todo.

CALD. Mucho sigilo. (Hacen mutis por la puerta de la derecha.)

HIN. (Soñando.) ¡Rosaura!... ¡Rosaurita!...

(Un reloj da tres campanadas.)

ALBI (Entra en la habitación transportando el inanimado cuerpo de ROSAURA. ¡Por fin! (Deja a Rosaura sobre una butaca.) ¡Cielos! (Se seca el sudor de la frente.) Sí que pesa; pero no me pesa, no. La satisfacción del deber cumplido torna en miraguano el plomo en lingotes... Me parece un sueño. Y es que cuando está uno de suerte todo sale bien. Hallar un simón a mano, entrar en el hotel gracias a la ganzúa y no despertarse el portero de noche... Lo que se dice estar de suerte. ¡Caray! He dejado la puerta de la calle abierta, y como en este Madrid hay tanto criminal... Ahora bajaré a cerrarla. Primero restituiré a sus padres amantísimos esta preciada joya. ¡Qué alegría van a tener!... Sólo de pensarlo me conmuevo. (Seca una lágrima.) ¡Padre!... ¡Hija del alma!... ¡Salvada! ¡Sí! ¡Qué grande es Albi-Melén!... Me conmuevo. Me conmuevo. (Vuelve a limpiarse los ojos.)

HIN. (Soñando.) ¡Rosaura!...

ALBI (Saltando.) ¿Eh? ¡Ah! (Sonríe.) Ese idiota durmiendo como un tronco. Caramba y la muchacha no vuelve. Tuve que aplicarle a las narices el frasco del cloroformo, porque con el aire fresco de la calle volvió y comenzó a gritar... Ea; no demoraré ni un momento más mi hermosa obra. (Se acerca a la puerta de la derecha y llama con los nudillos.) ¡Padres doloridos!...¿Eh? Padres amantísimos. . ¿No contestan? (Abre la puerta y pasa a la otra habitación.) ¡Nadie! ¡Ah! Pero la maleta está aquí. Sin duda han salido un momento... Entonces... ¡Sí! (Transporta a Rosaura a la habitación de la derecha y la deja sobre la cama.) Así. Cuando vuelvan y la vean... (Se seca otra lágrima.) ¡Qué hermoso es hacer el bien! Prenderé en sus vestidos una tarjeta mía. (Lo hace.) ¡Modestia! Ahora cerraré la puerta de la calle y daré un vistazo por todos los pisos, no sea cosa que haya entrado alguien... Estoy en todo, (Examina el revólver.) y estoy orgulloso de mí. Mañana mi nombre será popular y bendecido. (Hace mutis por la puerta de la izquier-

da, cautelosa y detectivescamente. Al mismo tiempo entran en la habitación de la derecha, también cautelosamente, FERNANDA y CALDERON.)

FER. ¿Era el portamonedas?

CALD. Sí.

FER. ¿Lleno?

CALD. Pletórico.

FER. Pero ¿plata?

CALD. Plata.

FER. ¿A ver?

CALD. Luego; no hay tiempo que perder. ¿Dónde está la guía de ferrocarriles?

FER. Aquí. (Se la presenta.)

CALD. De madrugada no salen más que mixtos y mercancías... (Buscando.) ¡Caramba, qué letra tan pequeña! A ver un mixto.

FER. No tengo.

CALD. Si digo un tren, mujer. Espera... Toledo... Barcelona... Ya... Aquí está... Llama al timbre.

FER. ¿Dónde está el botón?

CALD. En la cabecera de la cama. (Fernanda se acerca a la cama y sofoca un grito al ver a Rosaura.) ¿Eh?

FER. (Por Rosaura.) Mira.

CALD. ¡Caray! Nos hemos equivocado de cuarto.

FER. No; nuestra maleta está aquí.

CALD. Entonces... ¡Ah! (Toma la tarjeta y lee.) «¡Albi-Melén!...» Y ella está como accidentada.

FER. ¡Dios mío! ¿Será la hija de Mendizábal?

CALD. La hija de Mendizábal es una chicuela, y ésta...

FER. Vámonos, Calderón, tengo miedo. Si esta mujer vuelve a la vida y comienza a gritar...

CALD. Dices bien. Vámonos. (Saca el portamonedas.) ¿Qué costará este hotel?

FER. A lo sumo diez pesetas. ¿Tienes bastante?

CALD. Aguarda. (Abre el portamonedas.) ¡Maldición!

FER. ¿Qué?

CALD. Medallas de aluminio. Nos ha timado el obispo.

ROS. (Suspirando.) ¡Ay!

CALD. ¡Calla!...

FER. ¡Qué conflicto!...

CALD. Hay que visitar al obispo de nuevo.

FER. ¿Y si esta mujer despierta?...

CALD. Aguarda. (Abre la puerta que comunica con la otra habitación y se asoma con todo género de precauciones.) ¡Ah!

FER. ¿Qué?
CALD. Duerme.
FER. ¿Qué piensas hacer?
CALD. Ayúdame.
FER. Comprendo. Si escandaliza...
CALD. Que el escándalo se lo arme a él. Vamos.
FER. Vamos.
CALD. Mucho cuidado...

(Entre los dos transportan a Rosaura a la cama donde duerme Hinojosa, y la colocan al lado de éste, pero cabeza con piés. Al depositarla en la cama, Hinojosa, soñando, dice ¡Rosaura mía! y Calderón y Fernanda se agachan, etc., etc.)

FER. (Ya en su habitación.) ¡Qué susto he pasado!
CALD. ¡Qué nochecita! Asómate a ver si hay alguien en el pasillo.
FER. Aguarda. (Se asoma a la puerta de la derecha.) No sé, pero me parece... Mira tú.
CALD. ¿A ver? (Se asoma y cierra.) Sí; un hombre. ¡Estamos de una pata!...

(Llaman con los nudillos en la puerta.)

FER. (Asustada.) ¡Calderón!
CALD. ¡Silencio! (Vuelven a llamar.) Abre.
FER. ¿Pero?...
CALD. No hay más remedio. (Fernanda abre la puerta y asoma la cabeza Mendizábal.) ¡¡Mendizábal!!
FER. ¡¡Mendizábal!!...
MEN. (Entrando.) ¡Toma! Ahora me lo explico todo.
CALD. ¿Eh?
MEN. Que m'han raptao a la niña, y claro, ya sé por lo que ha sido.
CALD. ¿Pero es tu hija?
MEN. Y yo que creía que había sido uno de los abonaditos.. ¡Vamos!... ¡Que!... El timo, ¿no?
FER. Sí, pero...
CALD. Calla, que me parece que no hemos dado el golpe en vago.
FER. ¿Eh?
CALD. Ese detective, que en este caso no es más que un raptador de doncellas, es hombre adinerado, ¿me comprendes? Puede ser soltero...
FER. O puede desear que la plancha que se ha tirado no trascienda...
CALD. ¡Figúrate! De modo que trabajando bien este asunto...

MEN. Bueno, ¿pero mi niña dónde está?
CALD. Con él. Ahí en ese cuarto.
MEN. ¡Caray!
CALD. ¡Calma!
MEN. Tú me respondes..
CALD. Yo te garantizo que nada malo ha de ocurrirle y que vamos a sacar tajada.
MEN. Basta, entonces. Tengo confianza en ti y sé que sabrás dejar a salvo mi honor ultrajado y mi dignidad ofendida.
CALD. Siéntate y hablemos como buenos amigos. (Se sientan y hablan animadamente.)
ROS. (Estremeciéndose y dándole una patada a Hinojosa.) ¡Ay de mi!
HIN. (Despertando.) ¡Caray, qué pesadilla! Estaba soñando que mi futuro suegro me estaba dando una paliza, y hasta he sentido un golpe en la cabeza. Y es que estoy más nervioso... (Da media vuelta rápida y le atiza una patada a Rosaura.)
ROS. ¡Ay!
HIN. ¡Mi madre! ¿A quién le he dado yo una coz?
ROS. (Volviendo a la vida.) ¿Dónde estoy?
HIN. (Palpando.) ¡Qué miedo! Aquí hay una persona, porque... ¡caray! estos piés no son los míos.
ROS. (Palpando.) ¡Virgen santa! Esta no es mi cama y aquí hay un hombre. ¿Estaré soñando?
HIN. ¿Estaré despierto?
ROS. (Incorporándose.) ¿Dónde estoy?
HIN. (Incorporándose también.) ¿Qué es ésto?
ROS. (Tras un grito.) ¡¡Hinojosa!!
HIN. (Idem.) ¡¡Rosaura!! ¿Sueño?... ¡Sí!... ¡No!...
ROS. ¿Estoy soñando? ¡No!... ¡Sí!...
HIN ¡No,
ROS. ¡Sí! ¡Tú!
HIN. ¡No!
ROS. ¡Sí! ¡Yo en tu lecho!
HIN. ¡No, en mi lecho, no!
ROS. ¿Pero quién me ha traído aquí?
HIN. ¡Ah! Sí; ya. ¡¡Él!!
ROS. ¿Quién?
HIN Don Albino. Esta mañana hablé con él de ti; le pinté mi amor y mi desesperación y te ha raptado para depositarte en mis brazos. ¡Oh! ¡Y qué delicadeza la suya! Dejarte junto a mí y marcharse.

Ros. Entonces...
Hin. ¡Rosaura de mi vida! Nadie podrá separarnos ya. ¡Ni la muerte!
Ros. ¡¡Hinojosa!!
Hin. ¡¡Amor mío!!

Música

Hin. Ya, eres mía, mía, mía,
sólo mía.
Ros. Ya soy tuya, tuya, tuya,
sólo tuya.
Hin. Ya no temo que destruyan mi alegría.
Ros. Ya no temo que mi dicha se destruya.
Hin. Loco estoy de contento.
Ros. Yo pierdo la razón.
Hin. Los dos igual pensamos,
porque los dos estamos
sobre un mismo colchón.
Todos. ¡Y qué poca aprensión!
Ros. ¡Qué vergüenza!
Hin. ¡Dame un beso!
Ros. Quita, que eso
no está bien.
Hin. Aprovecha, Rosaurita,
por si vuelve Albi-Melén.
Ros. Déjame.
Hin. Por un beso de tu boca soy capaz
de ser bravo y energúmeno y audaz,
y a tu padre, si es preciso,
yo le doy, con tu permiso,
cuatro tortas en la faz.
(Pegándose.)
¡Zas, zas, zas, zas!...
Ros. Y por ti, cariño mío, yo a mi vez
soy capaz de hacer cualquier estupidez;
pues me tienes atontada,
y embebida y embobada
y sumida en la idiotez
Hin. Bésame, que me atortolo.
Ros. Por Dios, no seas imprudente,
repara que estamos solos.
Hin. Por eso precisamente.
Uno solo en la manita.
Ros. En la mano es otra cosa.
Hin. ¡Ay, Rosaura, Rosaurita!...
Ros. ¡Cuánto te quiero, Hinojosa!

HIN. (Besándola.)
¡Ay, mi bien!
ROS. ¡Ay, mi bien!
HIN. ¡Qué buena persona
es Albi-Melén!

(Le da muchos besos. Al ruido de los besos se levantan Fernanda, Calderón y Msndizábal.)

FER. ¡Santo Dios!
CALD. ¡Camará!
MEN. Ese tío es un *frescales.*
¡Qué barbaridad!
FER.
CALD.
MEN.
No está bien,
no está bien,
eso que está haciendo
don Albi-Melén.

(Cesa la música.)

Hablado

MEN. Bueno, no hay que perder minuto. De manera que quedamos...

CALD. Quedamos en que tú entras y les sorprendes. Nosotros le decimos que esa no es nuestra hija, que se ha equivocado, y como el rapto ya está hecho, pues si es soltero, la boda, y si es casado, el apoquinen.

MEN. ¿Qué cantidad te parece?...

CALD. Yo creo que con diez mil pesetas...

MEN. ¿Nada más?

CAL. Para cada uno...

MEN. Conforme. (Por la puerta de la izquierda.) ¿Entro por aquí?

FER. No: comprenderá que estábamos de acuerdo...

CALD. Entra por la otra puerta: el número nueve.

MEN. Pues hasta ahora.

CALD. Buena suerte.

FER. Y mucha energía.

MEN. Sé lo que cumple a un caballero. (Vase por la puerta de la derecha.)

ROS. Bueno, pero ¿y mi padre? ¿Qué crees tú que hará?

HIN. Mira, a mí no me hables de tu padre, porque es el sinvergüenza más grande que ha visto la luz.

ROS. ¡Por Dios, Hinojosa!

HIN. Como lo oyes. Y no sabes tú las ganitas que

tengo yo de echármelo a la cara, para decirle esta pequeñez: «Señor Mendizábal, usted se ha creído que yo soy un tiriri y yo soy más hombre que usted, y tengo más vergüenza que usted, y a mí no me asusta usted.

MEN. (Entreabiendo la puerta de la izquierda.) ¿Se puede?

ROS. ¡¡Mi padre!!

HIN. ¡¡Mi abuela!! (Se mete debajo de la cama.)

ROS. (Asustadísima.) ¡Dios mío! (Entra Mendizábal.)

MEN. No se oculte y caiga tan bajo, porque aunque tengo mis motivos para enredarme a tiros hasta con los muebles, se lo que compete a un hombre de honor y vengo calmao.

ROS. Padre, que yo no tengo culpa de...

MEN. Lo sé, y por eso a tí te doy un ósculo. (La besa.) Pero ese raptor que está sub-catre, o repara esta falta o hay mañana un sepelio a la federica.

HIN. (Con la voz alteradísima.) ¡Señor Mendizábal!

MEN. Conteste a las siguientes preguntas de un padre ofendido. ¿Es usted soltero o casado?

HIN. Solterísimo.

MEN. ¿Es de veras?

ROS. ¡Por Dios, padre, qué pregunta!

MEN. Tú te callas. De modo que soltero, ¿eh?

HIN. Sí, señor.

FER. (A Calderón, que como ella, escuchan junto a la puerta de comunicación.) ¡Soltero!... ¡Es soltero!

CALD. De primerísima.

MEN. Segunda pregunta. ¿Está usted dispuesto a casarse con mi hija?

HIN. Ahora mismo si usted quiere.

MEN. ¿Palabra de honor?

HIN. Y lo juro por la salud de mi madre si hace falta.

CALD. ¡¡Fernanda!!

FER. ¡Negocio hecho!

HIN. ¿Quiere usted que lo jure?

MEN. No es preciso. Basta. Puede usted surgir cuando guste porque aquí hay un amigo, y si usted lo apetece, un padre.

ROS. (Conmovida.) ¡Padre mío! (Le abraza.)

MEN. (Secándose los ojos.) Hija de mi alma, permíteme que vierta estas perlas. Un hombre de honor te idolatra hasta el extremo de haberte raptado, y ese hombre va a unir a tí su existencia para hacerte feliz. Voy a tener

dos hijos en vez de uno... Déjame que llore de alegría.

HIN. (Saliendo de debajo de la cama.) (¡Y yo que creía que este hombre era un fresco!... ¿Pues no me ha conmovido?. . ¡No! ¡A mí a ternuras no me gana!) (Abriendo los brazos y acercándose a Mendizábal.) ¡Padre! ¡Padre mio! ..

MEN. (Enarbolando la estaca.) ¿Eh? ¿Usted? ¡Maldita sea tu estampa, ladrón!... (Hinojosa pega un salto.)

ROS. (Arrojándose en sus brazos.) ¡Padre!

ALBI (Entrando revólver en mano.) ¿Eh? ¿Cómo? ¡Ella! ¡El! ¿Su padre? ¡Ah! (Apuntando a Mendizábal.) ¡Un grito, una voz, un gesto, un guiño y mueres! (Rosaura da un grito.)

MEN. Pero...

ALBI ¡Manos en alto!...

MEN. ¡Caray!

FER ¿Qué es esto, Calderón?

CALD. No lo entiendo.

ALBI (Abriendo la puerta de comunicación de ambas habitaciones.) Padres infortunados, he ahí a vuestra hija. ¡Abrazadla! No temáis a ese hombre, está aquí Albi-Melen.

CALD. ¿Nuestra hija? Usted perdone, caballero, esa no es nuestra hija.

ALBI ¿Que no?... ¡¡Hinojosa!! ¿Qué no es su hija?

HIN. No, señor.

ALBI ¿Pero qué dices?

HIN. Que no señor.

ALBI ¡Hombre, si lo sabré yo!

CALD. Caray, si lo sabremos nosotros.

ALBI (A Mendizábal.) Baje usted las manos, caballero. De manera que...

HIN. Esta señorita, que es mi novia por cierto, es hija de aquí, el señor Mendizábal.

MEN. Y como usted la ha raptado se casa usted con ella o mañana acudo a los tribunales y a la prensa periódica.

ALBI ¿Eh? ¿Cómo? ¿A la prensa? ¡No! El ridículo, el descrédito, la muerte!... ¡No! Me caso.

HIN. ¡Oiga usted!...

ALBI ¡Me caso!

HIN. Eso será si yo quiero.

ROS. Eso será, si quiero yo; pues nos ha fastidiao.

MEN. Tú te callas.

ROS. No me callo.

HIN. No se calla. Nosotros nos casamos. Ahora que como no tenemos posibles... Si don Albino quiere dotarnos y compra de ese modo el silencio de usted...

ALBI Conforme; lo que sea; cuanto sea. Hecho. Todo menos el descrédito. ¡Qué dirían en Alcoy!

MEN. Eso es ya otra cosa.

ALBI Bueno, ¿pero cómo he podido equivocarme?...

CALD. Ha sido mía la culpa, caballero; le dí a usted unas señas por otras y...

ALBI ¡Ah! Entonces...

FER. ¡Sí! Para nosotros no hay salvación. (Llora.)

CALD. (Llorando.) ¡Nuestra pobre hijita!.

FER. Y todo por mil pesetas...

CALD. Si yo dispusiera de esa cantidad la salvaría y nos salvaríamos.

ALBI ¡Ah! ¡Aun es tiempo! ¿Dónde vive ese hombre? ¡Pronto! Vengan las señas.

CALD. Castellana, 40.

ALBI ¡Basta! Aguardadme. (Palpándose los bolsillos.) El revólver, el cloroformo, la careta... ¡Ah! ¡Necesito una cuerda! ¿Dónde? Sí. (Mutis al cuarto de baño.)

MEN. Escucha, tú, que me parece que le has dao las señas de Romanones.

CALD. Déjalo; a ver quién nos trae.

ALBI (Con un gran rollo de cuerda.) ¡Ya! ¡Listo! Ahora verán ustedes quién es Albi-Melén. (Inicia el mutis.)

HIN. Don Albino.

ALBI (Deteniéndose.) ¡Qué! ¡Quién!

HIN. Más vale que no vaya usted.

ALBI ¡Imbécil! ¿Dudas de mí?

HIN. No, señor; pero es que el amigo, no sabe a punto fijo si es Castellana, 40 o Recoletos, 27, y sería muy doloroso, que se tirase usted una plancha.

ALBI Eso sería mi muerte.

MEN. Yo creo que si les da usted quinientas pesetas, ellos libertarán a la criatura y le vivirán eternamente reconocidos.

CALD. Y publicaremos a los cuatro vientos, que recobramos la felicidad gracias al talento y a la bondad de Albi-Melén.

FER. ¡Del gran Albi-Melén, el más famoso de los detectives!

MEN. ¡El más valiente!

HIN. ¡El más genial!

ROS. ¡El más ilustre!

CALD. ¡Quinientas pesetas!

ALBI ¡Dejadme!... ¡Estoy muy nervioso!

HIN. ¿Arriba las manos?

ALBI ¡Dejadme!

HIN. Vamos a cantarle algo para calmarse. (Repiten acompañados de la orquesta el estribillo del fado, durante el cual, Albi-Melén reparte billetes de Banco tranquilizándose poco a poco.)

ALBI (Sigue la orquesta pianísimo.) Y no temais por vuestras vidas, honradas criaturas. ¡Madrid, es un antro! Pero respirad tranquilos. ¡Os proteje Albi-Melén. (Cuadro. Fuerte en la orquesta y telón.)

FIN DE LA OBRA

Obras de Pedro Muñoz Seca

Las guerreras, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.

El contrabando, sainete. (Décima edición).

De balcón á balcón, entremés en prosa. (Tercera edición.)

Manolo el afilador, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.

El contrabando, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Sexta edición.)

La casa de la juerga, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.

El triunfo de Venus, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música del maestro Ruperto Chapí.

Una lectura, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Celos, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Las tres cosas de Jerez, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.

El lagar, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervós y Carbonell.

A prima fija, entremés en prosa.

El niño de San Antonio, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Floriana, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.

Los apuros de Don Cleto, juguete cómico en un acto.

Mentir á tiempo, entremés en prosa.

El naranjal, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

El fotógrafo, juguete cómico en un acto.

El jilguerillo de los Parrales, sainete en un acto.

La neurastenia de Satanás, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.

Mari-Nieves, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Tentaruja y Compañía, pasillo con música del maestro Roberto Ortells.

¡Por peteneras!, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja. (Segunda edición.)

La canción húngara, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.

La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.

El medio ambiente, comedia en dos actos.

Coba fina, sainete en un acto. (Segunda edición.)

Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La nicotina, sainete en prosa.

Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

La cucaña de Solarillo, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.

El modelo de Virtudes, juguete cómico en dos actos.

López de Coria, juguete cómico en dos actos.

El bien público, sátira en dos actos.

El milagro del santo, entremés en prosa.

El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.

El Pajarito, comedia en dos actos.

El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.

Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos.

Pastor y Borrego, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La niña de las planchas, entremés lírico.

Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.

Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.

El roble de «la Jarosa», comedia en tres actos.
La frescura de Lafuente, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
La casa de los crímenes, juguete cómico en un acto.
La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.
La Remolino, sainete en un acto.
Lolita Tenorio, comedia en dos actos.
Los que fueron, entremés en prosa.
La escala de Milán, apropósito.
La conferencia de Algeciras, apropósito.
El verdugo de Sevilla, casi sainete en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)
Doña María Coronel, comedia en dos actos. (Segunda edición.)
El Príncipe Juanón, comedia dramática en tres actos y prosa.
El último Bravo, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
La locura de Madrid, juguete cómico en dos actos.
Hugo de Montreux, melodrama en cuatro actos.
El marido de la Engracia, sainete en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música de los maestros Barrera y Taboada Steger.
La traición, melodrama en tres actos.
Los cuatro Robinsones, juguete cómico en tres actos y en prosa.
Adán y Evans, monólogo.
El rayo, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)
El sueño de Valdivia, sainete en un acto. (Segunda edición).
Albi-Melén, obra de pascuas en dos actos, divididos en cuatro cuadros, música del maestro Calleja.

Obras de Pedro Pérez Fernández

Al balcón, juguete cómico.
Lola, diálogo.
Tal para cual, juguete cómico.
La primera lección, monólogo.
Las Marimoñas, sainete en dos cuadros, con música de los maestros Fuentes y Foglietti.
Los Florete, juguete cómico.
El sino perro, entremés.
El D. Cecilio de hoy, revista sevillana.
Boceto al óleo, juguete cómico.
Flores cordiales, inocentada con música de los maestros López del Toro y Fuentes.
La victoria del cake, humorada satírica con música de López del Toro y Fuentes.
La penetración pacífica, humorada satírica con música de López del Toro y Fuentes.
A la lunita clara, entremés.
A la vera der queré, sainete en dos cuadros, con música del maestro Alvarez del Castillo.
El gordo en Sevilla, sainete.
Para pescar un novio... paso de comedia.
El alma del querer, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Vives y Barrera.
La fuerza de un querer, comedia en un acto.
¡Por peteneras!, sainete en un solo cuadro, con música del maestro Calleja.
La casta Susana, opereta en tres actos, adaptación y refundición española.
La canción húngara, opereta en un acto. Música del maestro Luna.
La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.
El medio ambiente, comedia en dos actos.
Coba fina, sainete en un acto.
Me dijiste que era fea... comedia-sainete en tres actos (uno, prólogo.)
Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)
La nicotina, sainete en prosa.
Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos.
López de Coria, juguete cómico en dos actos.
El milagro del santo, entremés en prosa.

El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.

El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.

Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos.

Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafae Calleja.

Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.

La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.

Lolita Tenorio, comedia en dos actos.

Las pavas, apropósito cómico-lírico, música del maestro Foglietti.

El señor Pandolfo, farsa lírica en tres actos, música de Amadeo Vives.

Las mujeres mandan o *Contra pereza diligencia,* sainete en dos actos, divididos en seis cuadros.

Los últimos frescos, sainete en dos actos.

El marido de la Engracia, sainete en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música de los maestros Barrera y Taboada Steger.

El milagro del santo, entremés en prosa.

El presidente Mínguez, astrakanada lírica en un acto, dividido en tres cuadros, música del maestro Luna.

Paz y Ventura o el que la busca la encuentra, sainete en un acto y en prosa, música de los maestros Fuentes y Foglietti.

Albi-Melén, obra de pascuas en dos actos, divididos en cuatro cuadros, música del maestro Calleja.

La última astracanada, juguete cómico-lírico en un acto, dividido en un prólogo y cuatro cuadros, música del maestro Eduardo Fuentes.

Del alma de Sevilla. (Primera colección de novelas cortas y cuentos andaluces.) Prólogo de Rodríguez Marín, de la Real Academia. Epílogo de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.—(Edición Garnier, hermanos, París; un tomo 8.º rústica, 3 ptas.)

PRECIO: 1,50 PESETAS